

PREGÓN EXCONXURAOS 2006 RAMÓN RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Señor Alcalde, señores concejales, amigos y vecinos de Llanera:

Celebramos estos días la sexta edición de la fiesta de los Exconxuraos. Su éxito radical y el entusiasmo que provoca entre los llanerenses son la mejor prueba de que la celebración ha arraigado con fuerza extraordinaria en el concejo. Por ello, debemos felicitar a sus promotores, y muy particularmente a Lorenzo Ramos y al Alcalde, que fueron capaces de percibir las hermosas posibilidades que podía encerrar la conmemoración de uno de los hechos más llamativos de la historia del concejo. Los Exconxuraos se han convertido en la gran fiesta de Llanera, con la que se sienten identificados todas las parroquias, con la que vibran los vecinos independientemente de sus gustos, sus preferencias o sus opiniones.

El valor y el arrojo de los vecinos de Llanera, que se rebelaron contra los abusos del representante del obispo de Oviedo, es un acontecimiento singular en la Edad Media asturiana. El hidalgo Gonzalo Rodríguez de Posada, que se negó a entregar un buey al obispo en concepto de impuesto especial, en el año 1408, encendió el fuego de la insurrección general en todo el concejo, cuyos vecinos decidieron no pagar gravámenes a la mitra. El obispo, de manera fulminante, pronunció sentencia de excomunión y entredicho sobre los moradores de la rebelde Llanera. Cuatro años más tarde, en 1412, el nuevo obispo llegó a un acuerdo con los vecinos, por lo que, aunque debieron seguir pagando impuestos, se les reconoció, bajo juramento, el respeto de sus libertades, privilegios y buenos usos y costumbres. No obstante, para alcanzar el acuerdo, treinta hombres buenos de Llanera -veinte hidalgos y diez pecheros- tuvieron que acudir a San Salvador de Oviedo y participar en una procesión descalzos, vestidos con sacos o jubones, son otra cobertura, ceñidos con cuerdas y con candelas en las manos. El obispo después de esta pública humillación penitencial, se comprometió a absolver a todos los vecinos de las penas de excomunión y alzar el entredicho puesto en el concejo. Este episodio histórico que conmemoramos en esta fiesta es una metáfora excelente del carácter de los llanerenses, fuertes a la hora de reclamar sus derechos, pero dúctiles en la negociación para lograr una vida en concordia y buena vecindad.

Llanera es un concejo definido en sus contornos desde la Edad Media, pero su historia es más larga y dilatada en el tiempo. Habitadas estas tierras desde el Paleolítico, hace por lo menos 35.000 años, el hombre comenzó a poblarlas con más intensidad durante el Neolítico y la época castreña, hasta llegar a vivir su momento de máximo esplendor bajo la dominación de Roma, cuando Lucus Asturum, hoy parroquia de Lugo, se convirtió en la capital administrativa de la Asturias bajo el poder imperial.

La cristianización de Llanera, muy antigua, se vio reforzada con la instauración de la monarquía asturiana. Ya entonces se afianzaron las parroquias que hoy perviven, como gran seña de identidad del concejo, bajo el patronazgo de las más importantes figuras del santoral cristiano.

Esta tierra estuvo muy unida a la monarquía asturiana y leonesa en sus principios. Prueba de ello es la vinculación de Santa María de Villanueva, en San Cucufate, a los reyes de Asturias y la donación que hizo la reina Urraca de todo el territorio de Llanera al obispo de Oviedo. Y aunque esta dependencia episcopal fue, en general, pacífica, no faltaron episodios de enfrentamiento con el titular de la mitra, como el que hoy conmemoramos.

El concejo estuvo bajo ala jurisdicción del obispo hasta el 20 de Febrero de 1581, en que pasó a la Corona, durante el reinado de Felipe II. Sin embargo, el municipio apenas gozó de dos meses de autonomía, pues el 10 de Abril del mismo año la ciudad de Oviedo compró la jurisdicción de Llanera por 6.323.766,5 maravedíes, lo que provocó quejas al rey, aunque sin ningún resultado. Tuvo que llegar el último tercio del siglo XIX para que Llanera alcanzara su independencia plena, estableciendo su capital en Posada. En esta época ya se hacía patente en la zona la pacífica convivencia de una minería e industria emergente, y el tradicional cultivo de los campos con el cuidado de los ganados, modo de vida ancestral del concejo. Es esta evolución, acelerada en los últimos años, la que caracteriza a la Llanera actual.

No obstante, la Llanera que yo conocí en mi infancia y adolescencia -nacé en 1950-, o incluso la que conocieron quienes nacieron pocos años después que yo, se parecía poco a la de hoy. Tenía más semejanza con el siglo XIX que con el actual, y estaba tan alejada de la Llanera que ahora vivimos, plenamente inmersa en el siglo XXI, que parece que hablamos de tiempos históricos diferentes.

El concejo ofrecía, en los años cincuenta y sesenta del siglo XX, un aspecto básicamente rural. Las siembras en primavera, las recolecciones de cosechas en verano y en otoño, las vacas pastando a lo largo del año eran estampas comunes en las diferentes parroquias. Completaban el panorama los obreros camino de la Estufa o Explosivos, en Coruña, y de la Pracesa, en Lugo, primero en bicicleta y más tarde, en algunos casos, en moto. Los sábados, las mujeres acudían a Posada en burro para vender en la plaza de los productos de la tierra. Avanzada la primavera, gentes de Robledo y de Pruvia pasaban con sus enseres por delante de mi casa, en Tuernes el Pequeño, buscando pastos frescos para sus ganados, en dirección a Torrestío (León), y allí se quedaban hasta que el frío los obligaba a volver cuando empezaba el otoño. Las horas las marcaban las campanas de las iglesias, a las 12 del mediodía y al atardecer, o las sirenas de la Estufa y de la Pracesa o de La Moscona de Grao, a media tarde. Eran tiempos sin ruidos. Por eso podíamos jugar en la carretera, donde permanecíamos sentados o correteando, pues los pocos coches que pasaban -el médico, don Paco Cabriffose, el lechero, el panadero o la línea, Autos Llanera- se oían en la lejanía. Uno de los espectáculos más hermosos de entonces tenía lugar el Jueves de la Ascensión. Desde la noche anterior había un desfile incesante de ganado a la feria de Oviedo, que volvía después de las transacciones correspondientes, al atardecer de unos de los tres jueves que “relucen más que el sol”.

Los lugares de reunión y confraternización eran los chigres y las tiendas, casi siempre unidos ambos servicios en los mismos locales. Los paisanos solían acudir al bar, a la taberna; las mujeres, a las tiendas, y también a las fuentes o los ríos, donde lavaban ropa o la “caída”, esto es, las tripas de los cerdos, para embutir los chorizos y la morcilla cuando se mataba el “gochu”.

Los dorados otoños, los largos y fríos inviernos y las primaveras lustrosas eran tiempo de ir a la escuela. Quiero recordar de manera especial la de San Cucao, que abandonó el antiguo edificio para inaugurar, en Septiembre de 1955, uno nuevo y magnífico que acogía una escuela graduada, con cinco maestros, algo insólito en la España de esa época.

La recogida de la hierba, realizada con métodos casi artesanales, nada tenía que ver con las tecnologías utilizadas actualmente, que hacen tanto en tan poco tiempo. Pero el sofoco del trabajo de antaño quedaba compensado con las numerosas fiestas que, entre Junio y Septiembre, animaban al concejo: el Corpus en Ables, Santiago de Arlós, el Carmen y el Fresno en Bonielles, los Mártires en Cayés, la Sacramental en Posada, la Virgen de la Asunción, o Santa María, en Lugo, la Fiestona de San Cucao -con San Pedro en Agüera y la Asunción en Villanueva- o San Agustín y la Virgen de Fanes en Santa Cruz y otras romerías por mí menos conocidas en Pruvia, Villardevayo y Ferroñes. Aunque ya íbamos a la playa- a Gijón, a Salinas y a San Juan de Nieva, principalmente-, las romerías, amenizadas por una gramola o por renombradas orquestas, eran las grandes ocasiones para pasar un verano divertido.

Los luminosos otoños, los largos inviernos y las alegres primaveras eran tan divertidos como los cálidos veranos. Muchos jóvenes, y otros que no lo eran tanto, acudían a menudo a los cines del concejo. El Ideal de Lugo, el Goía de Posada y Casa Bienvenido en San Cucao, que proyectaban sus películas precedidas, por lo general, de sesiones de baile, amenizaban los domingos en Llanera, aunque cada vez con mayor frecuencia los llanerenses se acercaban a Oviedo para ver cine o bailar en las “boites”, aquellas primitivas discotecas.

De esa Llanera tan entrañable, familiar y todavía anclada en modos de vida tradicionales, hemos pasado, no sin traumas, a la realidad presente.

Llanera es hoy uno de los concejos más emprendedores de Asturias. El aumento de su población, los altos niveles de renta y sus excelentes infraestructuras así lo confirman. A los polígonos industriales, ya históricos, pero en constante renovación, a las modernas superficies comerciales y a las numerosas empresas esparcidas por todo el municipio se unen algunas grandes explotaciones agropecuarias, dotadas de las más modernas tecnologías, que son compatibles con negocios ganaderos más modestos que continúan el modo de vida ancestral del concejo. Llanera es una tierra codiciada. Aquí, lo mismo se crean parques tecnológicos de alto nivel, que se construyen casas unifamiliares en las diferentes parroquias. Y urbanizaciones de calidad conviven con los más bellos paisajes rurales, cuya naturaleza y pureza estamos obligados a conservar, así como con un patrimonio monumental que necesita, en no pocos casos, intervenciones urgentes para que no desaparezcan edificios cargados de historia corroídos por la incuria y el abandono.

Llanera es tierra que acoge sin reservas a quienes se acercan a ella. El crecimiento de su población en los últimos años así lo demuestra. A Posada y Lugo acuden a vivir gentes de toda Asturias, de otras partes de la geografía española y europea y de otros continentes. Ello obedece a la amable disposición del concejo para recibir a cuantos se acercan a él y a la armoniosa convivencia entre sus moradores. Quienes tienen tras de sí una historia larga e intensa poseen la sabiduría necesaria para respetar la diversidad y para, a través de lo local, apreciar lo universal. De esa fusión nace una tierra hospitalaria como Llanera.

Recordando el pasado, y para hacer realidad nuestros sueños de futuro, estamos obligados a trabajar para mantener y perfeccionar en lo posible el equilibrio existente en nuestro concejo. Debemos invertir todos nuestros esfuerzos en lograr que el progreso de los núcleos urbanos, la instalación de industrias y servicios, y el desarrollo general de Llanera se realicen respetando las esencias de nuestros pueblos, manteniendo, en lo posible, los modos de vida tradicionales y mimando con especial interés el entorno natural que nos sustenta pues, como llanerenses, somos responsables de acoger lo que nuestros antepasados nos legaron y mejorarlo, para que nuestros descendientes tengan, de verdad, un futuro.

Los Exconxuraos de Llanera, hace seiscientos años, lucharon por sus derechos, con miedo, contra un poder caso omnímodo, y al mismo tiempo supieron ser flexibles, cuando fue necesario, para lograr un acuerdo que les permitiera vivir con dignidad y reconocimiento. Hoy, sus descendientes, nos enfrentamos al mismo reto: encontrar el equilibrio para conseguir que el bien de la mayoría no perjudique a nadie ni a nada.

¡Viva la fiesta de los Exconxuraos!
¡Viva Llanera!

Llanera, 2 de Julio de 2006
Ramón Rodríguez Álvarez